

Colombia, la insólita

Escribe: MARC DEM

Marc Dem, seudónimo de un ciudadano francés que visitó nuestro país hace algún tiempo, publicó recientemente un libro con el título de *Insolite Colombie*, en la Editorial Albin Michel, París. La obra no tiene ningún valor literario ni histórico, pero suscitó en nuestra prensa alguna polémica por las críticas contenidas en sus observaciones sobre la vida cotidiana de Colombia, que el editor considera como el país del hastío. Hemos traducido y presentamos en esta entrega un capítulo del libro, sobre los hábitos pedagógicos del país y su tendencia extranjerizante en las clases dirigentes, fenómenos sin duda exactos prescindiendo del estilo caricaturesco del autor. — A. P. R.

Doña Isabelita practicaba la tarifa descendente según la cual mientras más horas de clase se daban menos le pagaban al profesor; por esa razón rehusé la sucesión de monsieur André, muerto durante las vacaciones en tierra extranjera, para consagrar mi tiempo a un apostolado más remunerador. Y no sin lamentarlo. El colegio de las Florecitas ha guardado algunas tradiciones, entre ellas el respeto a los maestros. Los niños, retoños de una clase trabajadora que con el transcurso de las generaciones trata de trabajar menos, manifiestan a quienes les ayudan a ello una consideración completamente inexistente en los establecimientos de categoría más elevada donde el espíritu de lucro me llevó a enseñar la lengua de Giraudoux.

Abandoné el centro por el norte, donde tienen su asiento, entre verdura, los edificios nuevos de liceos y gimnasios abiertos a la juventud dorada. Decidí seguir el consejo de Dumortier y dar lecciones "mientras tanto". La cuestión era realizar los proyectos que teníamos en mientes. Pero para aspirar al éxito en un país de hábitos tan diferentes de los nuestros hay que estudiarlo primero, penetrar en su mentalidad, adaptarse, en suma. La enseñanza es un excelente terreno de investigación. El espíritu de un pueblo se reconoce por la manera como educa a sus niños.

La cosa se complica por el hecho de que en Bogotá los niños se educan, según la inclinación de cada familia, a la francesa, a la alemana, a la inglesa, a la española, a la belga, a la suiza, a la norteamericana y a veces a la colombiana. De ello se encargan florecientes instituciones patrocinadas

por los diferentes países interesados en divulgar su cultura. Mediante el empleo de profesores importados practican los métodos de su país de origen, con algunas concesiones a la sicología local. El colegio inglés ha renunciado al látigo; el liceo francés, provisto de maestros por un Estado laico, consiente en adornar su fachada con una estatua monumental del Sagrado Corazón, su salón de entrada con otra de la Virgen y sus clases con crucifijos. En cambio, los colegios norteamericanos no han hecho ningún cambio a su sistema educativo. Se pueden asimilar exactamente a las escuelas de Michigan o de Connecticut, con la excepción de que estas han podido hacer lo que no pudieron aquellas: formar alumnos bilingües; obligados a seguir los cursos en inglés, los colombianitos no olvidan por eso su lengua ordinaria.

Pero todo el resto de su conducta imita poco a poco, hasta asimilarse por completo a sus camaradas *made in USA*. Ni uno solo, al cabo de seis meses, escribe aún con la mano derecha; se acostumbran rápidamente a no obedecer más que a la persuasión, a saltar las barreras que los separan de sus educadores, a expresarse según el capricho del momento, a mantener en el bolsillo cuchillas de afeitar y píldoras de estupefacientes.

La directora del colegio Thomas Jefferson tenía sobre la enseñanza de los idiomas una opinión contraria a la de doña Isabelita:

—Una lengua está hecha para servir. Es necesario que los muchachos la hablen. Hay que conversar mucho. Y no vacile en emplear métodos vivos, juegos que diviertan al tiempo que instruyan. Aquí encuentra todo el material que necesite —añadió poniendo la mano sobre una columna de cajas de cartón— papel pegante, tijeras, papel de seda, cáñamo... Si necesita algo más, se lo hago comprar el mismo día.

—*Please*, —preguntó deslizando la nariz por la puerta una persona alta de anteojos dorados— ¿tiene usted algodón hidrófilo rojo, Mrs Hamilton?

La directora buscó en un cajón y entregó dos paquetes del artículo solicitado.

—Miss Jennifer —me confió después de irse la interesada— es nuestro profesora de latín. Los alumnos la escuchan maravillosamente. No se oye nunca ruido en su clase.

Yo trataba de imaginar la manera como podía hacerse intervenir el algodón hidrófilo rojo en una clase de latín. Evité preguntar, para no aparecer demasiado novicio en cuestión de métodos activos.

Mrs Hamilton tenía un ascendiente innegable sobre los alumnos. Era capaz de gritar más alto y más tiempo que ellos. Sabía restablecer el orden con toda eficacia en la clase más turbulenta. El inconveniente era que una vez libres de su terrífica presencia los muchachos señalaban su alivio con un aumento del alboroto. Mrs Hamilton iba siempre en refuerzo donde se necesitaba su presencia, pero los profesores, sin delegación de autoridad, se hallaban después de su partida siempre en el mismo problema: persuadir a los niños de que sin castigo de ninguna clase debían resistir la gana de charlar y reír, someter el espíritu a austeros esfuerzos, mante-

nerse rectos, no hurgarse la nariz ni poner los pies sobre la mesa. En lo que a mí tocaba, tenía que explicarles todo eso en francés, idioma del cual no sabían una palabra.

—A fuerza de escucharlo —dijo Mrs Hamilton— aprenderán.

Desgraciadamente, tampoco me escuchaban.

Recurrí entonces a métodos activos. Fabriqué un juego de loto en cartón que maravilló a la directora. En cada cartón estaba escrita una palabra francesa:

cheval... moulin... voiture... fleur.

Los alumnos no se interesaron más de cinco minutos, luego decidieron que era más importante el béisbol. Pero yo insistí. No me había pasado la noche cortando pedacitos de cartón para un resultado pedagógico tan despreciable. Jugamos al loto durante una semana, al cabo de la cual los más dotados sabían reconocer a la vista una docena de palabras francesas. Miss Jennifer me pidió dejarle copiar mi método para usarlo en sus clases de latín. Mrs Hamilton elogió mis cualidades de educador, mi éxito era completo.

Para no detenerme en tan buen camino continué la semana siguiente haciendo cantar a los alumnos. Copié en el tablero los versos de *A la claire fontaine* y les enseñé la tonada a una clase de muchachos y a otra de muchachas, de manera que se estimulara el espíritu de emulación fundado sobre la rivalidad de los sexos.

Se despertó el interés; de un extremo al otro del colegio se oían berridos que podían pasar por francés.

—Las niñas me dicen que usted, ¡tiene una voz tan bonita! —me dijo Mrs Hamilton— y esas viejas canciones francesas, ¡son tan agradables al oído!

¿Por qué me había de pasar que los muchachos, cansados de la pastoral, me pidieran les enseñara la Marsellesa? Recordé el precepto número uno de la pedagogía norteamericana: “favorecer lo más posible el espíritu de iniciativa en los niños” y respeté su deseo. Aprendieron nuestro himno nacional mucho más rápidamente que los lamentos del amoroso bucólico. En una mañana el mal quedó hecho. En los cuatro costados del colegio, en los momentos más inesperados, una voz juvenil llamaba a los ciudadanos a las armas; los hijos de la patria surgían por doquier. Mrs Hamilton, por primera vez, había sido desbordada.

—No debió enseñarles eso: odio la Marsellesa. Es el canto de la revolución y yo odio la revolución.

—Hélas, *mistress*, es a la revolución a la que debemos la democracia.

Para evitar que los métodos democráticos educativos utilizados en el Thomas Jefferson produjeran una revolución Mrs Hamilton prohibió la Marsellesa. Pero no por eso se olvidó. Los sediciosos la adoptaron como grito de guerra. El paso de Mrs Hamilton era de vez en cuando saludado

por la copla revolucionaria lanzada bajo un seto o al abrigo de una ventana. Ella se sobresaltaba como si le hubieran presentado en una pica la cabeza de la princesa de Lamballe.

No fue mucho más lo que enseñé a los alumnos del Jefferson. No por eso sus notas fueron menos satisfactorias en francés que en las otras materias: al finalizar la primera quincena, me aprestaba a expresar en cifras su poca aplicación cuando vinieron a pedirme que les hiciera hacer un dibujo.

—¿Un dibujo? ¿Y eso para qué?

—Para rescatar. Suponemos que las notas no van a estar muy buenas.

—Y, ¿ustedes creen que un dibujo cambia la cosa? No soy profesor de dibujo.

Consultada Mrs Hamilton me confirmó el uso del dibujo redentor:

—Usted les pone a dibujar el mapa de Francia o el retrato de Napoleón. Si lo hacen en el tiempo señalado y el trabajo es bueno, el alumno tiene derecho a su promedio. Siempre ha sido así en las *high schools*.

—Pero aún así, si uno de ellos me esculpe una estatua ecuestre tamaño natural del mariscal Mac Mahon, ¿eso no prueba en modo alguno que haya aprendido algo de francés!

—No, pero eso prueba que el alumno tiene buena voluntad.

Yo mostré la misma virtud; me acostumbré a juzgar a los alumnos por sus intenciones, a comprender la necesidad que tienen de estirarse en clase o de lanzar rugidos, a no imponerles obligaciones susceptibles de causarles traumatismos, a respetar su dignidad de seres humanos aun a costa del sacrificio de la mía, a tratarlos como adultos sin olvidar la excusa de los defectos propios de su edad, a considerar que la palabra de un alumno equivale a la del profesor.

—No comprendo que en Francia, país campeón de la igualdad —me decía Mrs Hamilton— la educación sea tan autoritaria.

—En Francia —respondí— se tiene en cuenta el hecho de que el profesor es uno solo contra treinta. Se reduce el desequilibrio de fuerzas al conferirle poderes excepcionales.

El padre, bajo cuya responsabilidad florecían las almas de los alumnos católicos del colegio Thomas Jefferson, era una atractiva figura eclesiástica: corpulento y esbelto, vestido de negro inmaculado, con anteojos de montura distinguida, era el hombre preciso para un establecimiento de selección. Yo creía su prestigio al abrigo de las insolencias juveniles.

Cuando el padre entró al patio aquel día, un muchacho de 16 años, abandonando su béisbol, le quitó su magnífico sombrero de seda para ponérselo. Como el propietario de esa pieza de vestimenta poco vulgar quisiera recobrarla, el muchacho la lanzó de un puntapié a un compañero; el sombrero, lanzado de pie en pie, se convirtió en bola de fútbol rápida y

vigorosa, la cual le hizo perder forma y lustre. El padre logró finalmente conseguir su sombrero y le sacudía el polvo cuando uno de los muchachos, arrancándoselo de la mano, se lo hundió hasta las orejas.

—No hagan eso —protestaba el padre— ¿qué se ha hecho el respeto?

—Es una vergüenza —exclamé a la vista de esta última impertinencia—. ¡Póngales el pie en alguna parte!

—¡Bah! —respondió el padre— son jóvenes; es más bufonada que maldad. En el fondo tienen buen corazón. De todas maneras voy a informar a Mrs Hamilton.

Yo deploraba cada vez más que los alumnos tuvieran buen corazón, lo que me obligaba a dejar impunes los efectos de sus malos instintos. Si el papel del educador puede considerarse como un sacerdocio es sin duda en América. Y yo estaba allí, ¡ay de mí!, insuficientemente preparado. Me obstinaba en sacar de clase al alumno que acababa de regoldar estrepitosamente por divertir a sus camaradas y en indignarme, cuando la directora lo entraba de nuevo diciendo:

—El dice que no lo ha hecho adrede. En ese caso, el incidente queda cancelado.

Yo mantenía un prejuicio contra el porte de armas, por blancas que fuesen, dentro de un establecimiento de enseñanza, y la lectura de tiras cómicas en clase; comprendía mal una concepción de la justicia que me forzaba a plantear cuarenta veces las mismas preguntas a fin de que un alumno no fuera favorecido o perjudicado en la recitación de sus lecciones. En fin, me mostré hostil a los manuales ricamente empastados e impresos en vitela repujada, redactados por un americano que sin duda tenía también buen corazón pero se mostraba demasiado amplio respecto de la sintaxis francesa.

Las familias colombianas cuyos niños estudiaban en el Jefferson estaban persuadidas de prepararles el mejor de los porvenires. “Colombia depende de los Estados Unidos. Estará a remolque mucho tiempo todavía. Americanizando a nuestros muchachos y a nuestras muchachas les abriremos las mejores perspectivas”.

Estas familias, indudablemente, tenían razón. Miembro de una nación cuyo destino está menos indiscutiblemente sujeto al destino de América, no tenía yo los mismos motivos para pertenecer al colegio de Mrs Hamilton. Recobré mi libertad en el transcurso del año, en el momento mismo en que Diana (mi esposa) que enseñaba en un colegio similar, a dos cuardas de distancia, también se desamericanizaba.

Había llegado el momento de ver de cerca cómo educaban los colombianos a sus hijos cuando no apelaban a educadores extranjeros. Sobre este aspecto había recogido yo datos interesantes en el Colegio de las Florecitas. El Gimnasio del Norte me iba a permitir completarlos. Su reclutamiento difería en dos aspectos: era solo de muchachos y esos muchachos pertenecían a una capa social elevada. En sus listas figuraban los apellidos de los dignatarios de la república. Y se confundían con los del

catastro, de manera que don Evaristo, director propietario del establecimiento, pretendía con razón reunir bajo su cayado a los herederos de tres cuartos de la sabana. El acogía a esta interesante juventud en edificios de bella prestancia, adornados con alfombras y matas. Los salones de clase eran amplios, claros, ventilados por claustros. Yo imaginaba en este paisaje una enseñanza de calidad y creía no estar a la altura de mi cometido.

Pero comprendí rápidamente que los muchachos del gimnasio no eran más poliglotos que los de las Florecitas. Habían estudiado el francés como lengua muerta, traduciendo "con diccionario" las páginas de Saint-Simon; el resto del tiempo se empleaba en recopiar incansablemente textos de dictado. Este trabajo de benedictino debía tener alguna razón que se me escapaba. Investigué directamente con los alumnos. Pues bien, lo que me atreví a suponer era cierto: durante tres años se aprendían de memoria una quincena de textos, entre los cuales se escogerían, como prueba, "dos sobre cinco" para el bachillerato. ¡Tres años de esfuerzos para escribir correctamente treinta líneas en el día señalado!

El *messié* consideró medieval semejante sistema de trabajo: se convino con él que el dictado de examen se destinaría a verificar conocimientos que debían adquirirse por medios más racionales. Trató de ponerlos en obra y obtuvo éxito real durante quince días, al final de los cuales don Evaristo le llamó prudentemente la atención, sin cesar de declararse de acuerdo con él en el principio mismo:

—Creo que usted exige demasiado a los alumnos. Los padres se quejan de hallarlos cansados por la tarde. Varios sufren de dolores de cabeza.

El *messié* prometió hacer lo posible para evitar que la salud de los muchachos se perjudicara por el estudio del francés. Por lo demás, los muchachos mismos, por una reacción de autodefensa orgánica, le hacían imposible todo exceso. Familiarizados ya con el *messié*, no vieron en él ya más que un profesor como los otros, predispuesto vocacionalmente a presidir, en sesiones de una hora, en un salón lleno de muebles y bancas, varios juegos abandonados a la iniciativa de los alumnos.

.....

La existencia de una ciudad que haya de ser vista de todas maneras, que artistas y pensadores sean clasificados únicamente por París, que los habitantes de una ciudad tan importante como Bogotá sigan siendo provincianos atraídos irresistiblemente por el Louvre, la Plaza de la Concordia, hace trabajar a los jóvenes cerebros. Se habla de Cristóbal Colón, que descubrió las Américas.

—*Messié*, y a Francia, ¿quién la descubrió?